

# **MONSTRUOS Y ALEGORÍAS DE LOS VICIOS EN EL *DE SANCTO CIPRIANO* DE LA EMPERATRIZ EUDOCIA: UN NUEVO EPISODIO DE LA CONVERSIÓN DE LA CULTURA ANTIGUA AL CRISTIANISMO**

José Antonio Molina Gómez  
Universidad de Murcia

## **Introducción**

En esta comunicación pretendemos subrayar la importancia de un pasaje perteneciente a una obra escrita por la emperatriz Eudocia (*De Sancto Cypriano* vv. 120-169). La obra pone en verso la conocida leyenda cristiana de la conversión y posterior martirio del mago Cipriano. Este Cipriano, personaje que anticipa a Fausto, habría sido iniciado desde su más tierna infancia en todos los misterios y arcanos de la magia negra, llegando incluso a ejecutar sacrificios humanos, con el fin de poder tratar personalmente con el Diablo. En el momento en que trata de domeñar a la virtuosa Justina, joven cristiana, sus fuerzas acaban y comienza su proceso de conversión. Durante la fase previa a dicha conversión, Cipriano confiesa públicamente una siniestra carrera de magia negra y crímenes, así como de iniciaciones y descubrimiento de terribles secretos y trato con dioses y demonios. De entre todo ello, destaca la parte de su iniciación que tiene lugar en Egipto, donde pasan ante él las formas visibles de todos los vicios y males que afligen al hombre. Se trata de un pasaje profundamente alegórico, en que realidades eminentemente espirituales e intangibles adquieren una apariencia visible y grotesca. La importancia de todo ello radica en que ya se ha abandonado el mundo antiguo pero aún no se ha desembarcado en la otra orilla del medievo. Los versos de la emperatriz Eudocia, con evidentes ecos homéricos, y haciendo gala de un lenguaje expresivo, comienza a representar, y sobre todo a tipificar, realidades morales intangibles que son determinantes en el destino de la humanidad y en la lucha de esta por la salvación.

## **Eudocia, personalidad cultural, literaria y política**

La emperatriz Eudocia (ca. 400-460 d. C.) era originariamente una ateniense pagana (llamada Atenais antes de su bautismo), hija del filósofo Leoncio, quien

ostentaba la cátedra de sofística en Atenas. Los pormenores de su compromiso con el joven Teodosio II, así como las circunstancias de su conversión al cristianismo han atraído la mirada de la investigación histórica por muchos motivos. En primer lugar, porque en ella brilla por completo la cultura del paganismo tardío de lengua griega, la conciencia de un brillante pasado cuyos ecos aún no se habían extinguido, así como tampoco la legítima aspiración a sobrevivir en un medioambiente crecientemente cristiano, en el que se desarrollará de manera inminente la “conversión” de la cultura antigua, es decir, la renuncia a la “idolatría”. La emperatriz era una ateniense culta, formada en la *paideia* clásica, y en el respeto inicial a las tradiciones antiguas, como denota su nombre pagano, *Atenais*, homenaje a la diosa Atenea, protectora de la ciudad de Atenas, vista aún como “la escuela de Grecia”, y no meramente como un foco de tradición demoníaca en el culto a los ídolos. Atenais-Eudocia fue además una de las grandes escritoras de la Antigüedad Tardía.

Su conversión al cristianismo tuvo lugar en medio de las circunstancias de una dramática historia familiar. Tras la muerte de su padre, se había visto envuelta en una disputa contra sus hermanos por la herencia familiar. La situación se había hecho muy difícil para ella y tuvo que abandonar Atenas. Buscó la protección de una pariente, que la puso en conexión con Pulqueria, la hermana de Teodosio II. A partir de ahí las circunstancias que rodean su vida se vuelven novelescas. Enseguida entró a formar parte del círculo de las damas de corte de Pulqueria, gracias a la cual logró acceder al mismo emperador, quien habría quedado prendado de ella al observarla furtivamente detrás de una cortina. El 7 de junio del año 421 Atenais, ahora cristiana y llamada Eudocia, se casó con Teodosio II, y al año siguiente le dio una hija, Licinia Eudoxia (que el 29 de octubre de 437 se convirtió a su vez en emperatriz del Imperio Romano de Occidente al contraer matrimonio con Valentiniano III). Aquel mismo año de 422 escribió un panegírico en honor a su esposo, con motivo de la victoria de las armas romanas contra los persas. A comienzos del año siguiente, recibió el título honorario de *augusta* de manos del emperador. La emperatriz peregrinó entonces a Jerusalén, volviendo más tarde a Constantinopla portando reliquias de Tierra Santa. No conocemos bien las circunstancias posteriores que rodearon su vida, si bien debieron de ser lo bastante turbulentas como para que fuera enviada de nuevo a Jerusalén, pero esta vez como desterrada, y que no volviera a Constantinopla ni siquiera después de la muerte del emperador (se han mencionado desde acusaciones de adulterio, que la vinculaban con el *magister officiorum* Paulino, teñidas con detalles seminovelescos, hasta acusaciones de

conspiraciones y asesinatos, todo ello de difícil comprobación). La vida de la emperatriz se complicó en su exilio de Jerusalén con los nuevos conflictos teológicos y políticos que se plantearon. A la muerte de Teodosio II, su hermana Pulqueria se casó con Marciano, ambos promovieron junto con el Papa León, la celebración de un concilio en Calcedonia el año 451 para condenar la herejía monofisita. Dicha herejía había prendido en Egipto, Siria y Palestina (donde se encontraba Eudocia, que inmediatamente tomó partido por ella). Sus familiares e incluso el Papa León trataron de convencerla para que abandonara el monofisismo, logrando que regresara a la fe ortodoxa en 455. Durante su destierro en Jerusalén continuó escribiendo obras de contenido religioso. Cf. MALALAS(1831), 9-790; SÓCRATES, *H. E.*, VII, xxi, 47; WIEGAND, W. (1871); GREGOROVIVUS, F. (1892); C. DIEHL, C. (1906): 25-49 .

### **Obra literaria de Atenais-Eudocia:**

#### **Creación literaria y *paideia* cristiana**

Ciertamente, es poco lo que en su biografía resiste el examen crítico convencional de los historiadores, y son muchas las circunstancias embellecidas, cuando no abiertamente inventadas o legendarizadas, de su biografía. Su tormentosa relación con la familia imperial, así como la posterior caída en desgracia y destierro de la corte para ser confinada en Jerusalén durante el resto de sus días, han contribuido a forjar una aureola romántica de heroína desventurada, aderezado además por el hecho de que estamos ante una de las escritoras más importantes de la Antigüedad, pues es incontrovertiblemente cierto es que se trata de una autora destacada, con una producción literaria –pese al estado de conservación de su obra y a los habituales problemas de autenticidad- que ilustra muy bien el proceso de transformación de la cultura antigua y su cristianización.

Se nos dice que escribió hasta seis obras. En primer lugar, y ejemplificando con ello una fase más de la conversión de la cultura antigua al cristianismo (de manera similar a como había hecho el hispano Juvenco en el siglo IV con su versificación en hexámetros de los Evangelios), había escrito una paráfrasis poética de los primeros ocho libros del Antiguo Testamento, así como de las profecías de Daniel y Zacarías, el mencionado panegírico dedicado a su marido para celebrar la victoria contra los persas en 422, un discurso ante el pueblo de Antioquía, una vida de Cristo en hexámetros homéricos, y la obra que nos ocupa, la *Confesión* de San Cipriano. Cf. BEVEGNI, C.

(2003): 29-46; BEVEGNI, C. (2006): 389-405; MCGILL, S. (2005); PRALON, D. (2003): 133-155; SCHEMBRA, R. (2006), 652; SOWERS, B. (2006)

Focio, patriarca de Constantinopla a mediados del siglo IX, da por seguro que Eudocia había escrito las dos metáfrasis y el poema de Cipriano, mientras que sólo el historiador eclesiástico SÓCRATES (*Historia Ecclesiástica.*, VII, xxi, 47) dice que hubiera escrito también el panegírico en honor a su marido (y no se conoce fragmento alguno del poema), por lo que se duda de la autenticidad de esta obra. Por otra parte, el centón homérico sobre la vida de Cristo pudo haber sido una reelaboración de una obra anterior, debida según parece a un cierto obispo llamado Patricio, y no sería propiamente una obra atribuible a Eudocia. Cf., WILSON-KASTNER P.(1997): 140, cf. asimismo cf. LUDWICH A. (1897): 827 ss.

### **La historia de Cipriano y Justina**

Es muy probable que fuera durante su destierro, en el cual tampoco estuvo inactiva políticamente, cuando ejerció su talento literario poniendo en verso la leyenda cristiana de Cipriano, un mago que había tratado directamente con el diablo para acceder al que consideraba un conocimiento superior, pero que finalmente había sido redimido por el amor puro de la cristiana Justina. Resulta evidente que esta leyenda cristiana constituye el ejemplo más temprano conocido de la leyenda de Fausto. Cf. Patricia WILSON-KASTNER, P. (1997): 135-171; ZAHN, T. (1882); SAMBURSKY, S. (1963). SABATINI, T. A. (1973): 183-204; E. SALVANESCHI, E. (1982): 11-80.

La Historia se centra en los esfuerzos del mago Cipriano, por seducir a la bella Justina, ante los requerimientos de Agladas, joven cliente suyo que ha requerido los servicios del mago, si bien Justina repele con éxito todos los ataques. El poema de Eudocia ha llegado a nosotros de manera incompleta, en parte se puede reconstruir su argumento gracias a Fotio (*Biblioteca* 184). Además Eudocia empleó también fuentes preexistentes (la *Conversio Cypriani*, la *Confessio Cypriani* y el *Martyrio Cypriani*, cf. ZAHN, Th. (1882): 1-69. Justina vivía feliz y cristianamente en compañía de sus padres. El joven pagano Agladas se había enamorado apasionadamente de ella. Para conseguirla había requerido los servicios de un mago. Sabemos por numerosas noticias, que los magos eran requeridos habitualmente para que resolvieran asuntos amorosos mediante sus poderes mágicos. Sin embargo, la hermosa y virginal Justina, consigue oponer una tenaz resistencia, y únicamente con la sencillez de su fe logra rechazar las asechanzas del mago. En el curso de la acción, también Cipriano se enamora de Justina.

Es entonces cuando Cipriano se da cuenta de la gravedad de su error, y renuncia al Diablo y sus obras. Sin embargo, todavía duda de que Cristo le vaya a perdonar todas sus maldades, de las cuales da cumplida cuenta en el libro II la emperatriz Eudocia. Ahí se reúnen los lugares comunes de lo que se suponía en la Antigüedad Tardía la iniciación de un mago, los lugares y santuarios adonde acude, y que conforman una especie de geografía del mal en el siglo V, lugares de iniciación demoníaca, como Atenas, Egipto o Caldea.

Al final de la *Confesión* el antiguo mago es efectivamente víctima de la desesperación y teme que Cristo no vaya a perdonarle, tal y como le había amenazado el Diablo. Es entonces cuando se hace una confesión sumaria de sus pecados, con el fin de poder demostrar a través de la persona de Cipriano, que cualquier brujería y culto a los ídolos carece de validez. El arrepentido acaba reconociendo, que incluso ha asesinado a personas para ofrecérselos a Plutón y que ha llegado a estrangular para honrar a Hécate, que ha ofrendado sangre de mujeres vírgenes a Atenea, y que había sacrificado ancianos a Saturno y Marte. A través de estos terribles sacrificios humanos había conseguido ganarse la aprobación de innumerables espíritus maléficos, y finalmente, había conseguido acceder al mismo Satán.

Cipriano continuó denunciando su demencial delito, perpetrado también contra Cristo y los santos de la Iglesia. Él ya desesperaba de lograr la salvación de su alma, a lo que el anciano Eusebio, sacerdote bajo cuya protección se había puesto, le infundió ánimos y le habló de la inagotable misericordia de Dios. Como ejemplo, se llega a citar al propio San Pablo, que si bien no era ningún mago ni hechicero, había sido desde luego un furioso perseguidor de cristianos y enemigo de la fe, pero luego se transformó en un ardiente cristiano.

La historia de Cipriano se vuelve entonces dramática. Este se arroja a los brazos del venerable y anciano Eusebio, amado como un padre venerable y un ángel protector. Eusebio cuenta además con la ayuda de su hijo, que había sido condiscípulo del propio Cipriano. Ambos buenos cristianos, llevan al tráfuga de Lucifer a su casa, donde le preparan un humilde banquete. Al día siguiente marchan con él a la iglesia. Los piadosos sacerdotes y los creyentes cantan el aleluya, cosa que a Cipriano se le antoja semejante a un coro de ángeles.

El mago decide entonces que quemará sus libros de brujería al día siguiente, literalmente, los libros del Diablo: τας βιβλους του διαβολου. Finalmente, cuando Justina se enteró de todo ello, se cortó los cabellos; vendió su dote y regaló lo que le

habían dado por ella a los pobres. El antiguo pretendiente de Justina, Agladas, se convirtió también y, al parecer quemó la efigie del diablo. Cipriano, admirado entonces tanto por su salvación como por la de Agladas, decidió repartir sus bienes y posesiones, permaneció junto a Eusebio. Finalmente, recibió el bautismo cristiano y se decidió a predicar en público, logrando la conversión de muchos hombres, y llegando con el tiempo a ser obispo, hasta la gran persecución de Diocleciano, momento en que él y Justina murieron como mártires alcanzando la gloria.

### **Un mundo abigarrado de alegorías y símbolos**

Pero mientras Cipriano había estado iniciándose en las artes demoníacas, este había logrado ver de cerca innumerables secretos y arcanos, que sólo estaban al alcance de los iniciados y no precisamente en la teurgia (una visión casi filosófica y positiva de la magia), pues queda bien claro que los ritos practicados por Cipriano era de corte goético (cosa que comúnmente denominaríamos magia negra), lo que le daba una dimensión tenebrosa y aterradora. Los demonios del aire y los dioses se habían ido presentando ante él, célebres lugares del mundo pagano antiguo habían ido enriqueciendo el particular *curriculum* del mago Cipriano, como por ejemplo su visita a los caldeos o su iniciación en los misterios paganos de Atenas. En uno de sus viajes acudió a los egipcios en Menfis. Fue allí donde el mago logró ver, en un paso más hacia su iniciación, cómo actuaban los vicios y qué aspecto tenían realmente (*De Sancto Cypriano*, vv. 120-169).

Pocas veces se materializan con tanta claridad en la literatura antigua las tendencias al símbolo y la alegoría que habían empezado a hacerse notar desde el siglo III d. C., si su lenguaje, todavía pertenece a las formas poéticas antiguas (Eudocia emplea el hexámetro y tiene referencias claramente homéricas, además de brillantes recursos expresivos), lo cierto es que este poema, anuncia el mundo simbólico y altamente espiritualizado de la Edad Media, en donde las alegorías alcanzarán una dimensión antropológica al igual que por ejemplo le ocurre a la *Psicomaquia*, obra del poeta hispano Aurelio Prudencio (348-ca.405), que pese al lenguaje de raigambre virgiliana, anuncia un mundo completamente nuevo y de símbolos bien diversos. Cf. ENGELMANN, U. (1959): 9-24; así como RAPISARDA, E. (1962): 18-20; RIVERO GARCÍA, L. (1997): 363-412.

Entre los primeros males que contempla el mago se encuentran la Mentira y la Lujuria:

“Allí vi a la repelente forma de la Mentira, la astuta,  
La Lujuria, cubierta de vergüenza y trina:  
Sanguinolenta ... igual al esperma y a la bilis”.

Acto seguido aparece la temible Ira, acompañada del seductor Engaño:

“y vi la matriz de la Ira: alada, violenta, bestial.  
Vi el Engaño, que con dulces palabras seduce”

El “Odio inmisericorde” es ya un símbolo en estado puro, pues forma es “oscura y ciega”, pero “tiene cuatro ojos detrás del cráneo”, con lo que “su mirada evitaba la mirada resplandeciente de brillante luz”. No acaba aquí la monstruosidad del Odio, pues “miles de pies, de horrible visión, salían directamente de su cabeza”, ya que no tiene entrañas.

Los Celos y la Envidia son vicios igualmente repugnantes, si bien “la Envidia maldita tiene una lengua similar a una pala”, mientras que la Perversidad es “flaca como un cadáver” y tiene “innumerables ojos”.

Pero especialmente llamativo y monstruoso es el demonio de la Gula:

“Vi el demonio de la Gula con mandíbulas en pecho y espalda –  
devorando guijarros y dura tierra y carne en abundancia”

La Avaricia es calificada de “ladrona”, y su aspecto es también lamentable y desmejorado por sus apetencias jamás colmadas, sus ojos delatan ese estado permanente de ansiedad. Tampoco se silencia la monstruosa fealdad de la Vanidad:

“de alegre carácter, sin embargo gorda  
de cuerpo, pero carente de blancos huesos”

El culto a los ídolos, la temida Idolatría, aparece también “extendiendo sus alas y ensombreciendo el mundo”. La falaz Hipocresía, la Calumnia “de larga lengua”, la Necedad, “de cabeza diminuta” completan esta terrible visión.

El combate de la Virtud y los Vicios tal y como ya aparece antes en Prudencio, es un tema que ya adelante el espíritu medieval, aquí Cipriano es un hombre que camina hacia el conocimiento de Dios, antes de acceder a Dios gracias a la bondad de Eusebio y de Justina, es cierto que se pierde entre el culto a los ídolos, la magia y los misterios de los dioses y demonios. Pero eso también es una vía de conocimiento, Cipriano es un hombre que busca, por error cae en manos del Diablo, pero finalmente encuentra a Dios. Emprende para una especie de tortuoso viaje, semejante a una épica individual, y por ello esta obra no sólo adelanta el mito moderno de Fausto, sino que incluso que por momentos recuerda a la *Divina Comedia*. Su búsqueda empieza tempranamente, en la infancia, cuando es consagrado a los cultos atenienses, después irá de manera progresiva conociendo todo cuanto es arcano. Contemplar las formas de los vicios, enemigos mortales del alma “que persiguen acoplarse al hombre” por afinidad a la calidad moral de este, no es ni mucho menos la parte final de su iniciación, es un paso intermedio.

Después de abandonar Egipto, todavía ha de ir a Caldea para aprender astrología y aún queda lejos el momento en que verá al Diablo cara a cara. Pero Cipriano busca incesantemente en las profundidades arcanas de un mundo en guerra contra Dios y el hombre, un mundo que había sido hasta entonces el único mundo posible. La personificación de los vicios y su descripción simbólica con la atribución de rasgos imposibles y grotescos (el antecedente antiguo de los capiteles románicos) es un intento de reflejar el mundo de los dogmas con imágenes visibles y dotarles de una expresión visual lo suficientemente elocuente.

En definitiva, todo ello viene a acentuar la tendencia general en la Antigüedad Tardía a emplear –se diría que casi abusivamente- el símbolo, como elemento descriptivo y con categoría de verdad, a fijar mediante figuras y alegorías la calidad real de lo que no son originariamente sino representaciones figuradas de los vicios. En este sentido, toda esta simbología no es gratuita, sino que representa una forma nueva de creación cultural. Se están definiendo cosmovisiones nuevas, y no se puede decir que se haya tomado el texto bíblico como fuente única de referencia, sino que se ha introducido una importante dosis de creación cultural, desarrollando elementos que ya existían en la Antigüedad, pero dotándoles ahora de un sentido nuevo. Este es el ambiente cultural que prepara el triunfo del simbolismo y la representación alegórica en

los siglos siguientes, de enorme repercusión si tenemos en cuenta la repercusión de las representaciones análogas de Prudencio, cuyo rastro se sigue sin dificultad por el arte románico o el miniado de libros (como es caso del manuscrito de la *Psicomachia* conservado en el monasterio de Sant Gall, ss. X- XI).

## BIBLIOGRAFÍA

BEVEGNI, C. (2003): 'Per una nuova edizione del De Sancto Cypriano dell'imperatrice Eudocia. Primi passi.' *FuturAntico* 1, 29-46.

(2006): 'Sui modelli del De Sancto Cypriano dell' imperatrice Eudocia.' en: Eugenio Amato, Alexandre Roduit & Martin Steinrück (ed.). *Approches de la Troisième Sophistique. Hommages à Jacques Schamp*. Bruxelles: Latomus, (Collection Latomus 296), 389-405.

DIEHL, C., (1906): *Athenais* en su obra *Figures Byzantines*, París, 1906.

ENGELMANN, U., (1959): *Die Psychomachie des Prudentius*, Basilea-Friburgo-Viena.

GREGOROVIVUS, F., (1892): *Athenais Geschichte einer byzantinischen Kaiserin* Leipzig.

MALALAS (1831): *Chronographia*, ed. DINDORF, Bonn 1831; repr. en *P.G.*, XCVII, 9-790, pp. 353-358.

MCGILL, S. (2005): *Virgil Recomposed. The Mythological and Secular Centos in Antiquity*, Oxford: OUP, (American Classical Studies 48).

PRALON, D. (2003): 'Les centons homériques sur la Nativité, attribués à l'impératrice Eudocie-Athénaïs.' en: Gilles Dorival & Jean-Paul Boyer (eds.), *La Nativité et le temps de Noël. Antiquité et Moyen Âge. Aix-en-Provence: Publications de l'Université de Provence*, Textes et documents de la Méditerranée antique et médiévale), 133-155;

RAPISARDA, E. (1962): *Prudenzio. Psychomachia*, Catania.

RIVERO GARCÍA, L. (1997): *Prudencio, Obras*, vol. I, ed. Gredos, Madrid 1997.

SABATINI, T. A. (1973): "S. Cipriano nella tradizione agiographica", en *Rivista de studi classici* XXI, 183-204.

SALVANESCHI, E. (1982): *Eudocia, De Sancto Cypriano*, en ANGELINO C., y SALVANESCHI, E., (eds.), *Συγκριτικ. Testi e Studio di storia e filosofia del linguaggio religioso* Génova, pp. 11-80.

SAMBURSKY, S. (1963): *The Physical World of the Greeks*, Londres.

SÓCRATES, *Historia Eclesiástica*, VII, xxi.

WILSON-KASTNER, P., RONALD KASTNER, G., MILLIN, A., ARDER, R. REEDY, J., (1997): *A Lost Tradition. Women Writers of the Early Church*, Nueva York-Londres.

SCHEMBRA, R., (2003): 'I centoni omerici on line e su cd-rom. Alla scoperta dei rapporti di intertestualità con Omero e i Vangeli.' en: *Homère virtuel. Pour un*

*Compagnon électronique aux études homériques. Colloque organisé par le Centre de recherches Homériques (Université Stendhal, Grenoble 3) du 20 au 22 novembre 2002*  
= Gaia 7, 425-37.

Id. (2006): La prima redazione dei centoni omerici. Traduzione e commento. Alessandria: Edizioni dell'Orso, (Hellenica 21). viii, 652.

SOWERS, B. (2006): *Eudocia. The Making of a Homeric Christian*, Diss. university of Cincinnati.

WIEGAND, W., (1871): *Eudoxia, Gemahlin des oströmischen Kaisers Theodosius III*, Worms.

ZAHN, T. (1882): *Cyprian von Antioch und die deutsche Faustsaga*, Erlangen.